

herido que busca una revancha, y aprobó en un todo su plan.

—Vecino mío, le dijo Minoret al fin, si usted ha comprendido la escasa importancia que tiene hoy la nobleza, después de tres ó cuatro años de vida juiciosa y aplicada, yo me encargo de encontrarle una joven superior, hermosa, amable, piadosa y con siete ú ochocientos mil francos, que le hará á usted feliz y de la cual se sentirá usted orgulloso, aunque no tenga más nobleza que la del corazón.

—¡Bah! doctor, exclamó el joven Portenduere, hoy ya no hay nobleza, no hay más que una aristocracia.

—Vaya á pagar sus deudas de honor y vuelva usted aquí. Como mi ahijada ha venido conmigo, tomaré para los tres el cupé de la diligencia, dijo el anciano.

Por la tarde, á las seis, los tres viajeros partieron en la Duclerc de la calle de la Delfina. Úrsula, que se había puesto un velo, no dijo palabra. Sabiniano, después de haber enviado por galantería aquel beso, que había hecho tantos estragos en el corazón de Úrsula como un libro de amor, había olvidado por completo á la pupila del doctor en medio del infierno de sus deudas; y, por otra parte, su amor sin esperanza por Emilia de Kergarouet no le permitía conceder un recuerdo á algunas miradas cambiadas con una joven de Nemours. El vizconde no reconoció, pues, á Úrsula cuando el anciano la hizo subir en la diligencia, y se puso á su lado para separarla del joven.

—Aquí llevo todos sus papeles y tendré que

rendirle á usted cuentas, dijo el doctor á Sabiniano.

—Ha faltado poco para que no hubiera podido venir, porque he tenido que encargarme trajes y ropa interior, dijo Portenduere. Los filisteos me lo han tomado todo, y llegaré á Nemours cual hijo pródigo.

Por interesante que fuese la conversación que medió entre el joven y el anciano, y por ocurrencias que hubiesen sido ciertas respuestas de Sabiniano, la joven permaneció muda hasta el obscurecer, con su velo negro echado y las manos cruzadas sobre su chal.

—Esta señorita tiene trazas de no estar encantada de París, dijo al fin Sabiniano.

—Tiene usted razón, vuelvo á Nemours con placer, respondió la joven con voz emocionada levantándose el velo.

A pesar de la obscuridad, Sabiniano la reconoció entonces por la abundancia de sus trenzas y sus brillantes y azules ojos.

—Y yo dejo París sin pesar para ir á enterrar-me á Nemours, ya que he de encontrar allí á mi hermosa vecina, dijo Sabiniano. Señor doctor, espero que me recibirá usted en su casa; me gusta la música y recuerdo haber oído el piano de la señorita Úrsula.

—Caballero, dijo gravemente el doctor, no sé si su señora madre le verá con gusto en casa de un anciano que debe tener para esta querida niña toda la solicitud de una madre.

Esta apresurada respuesta dió mucho que pensar á Sabiniano, el cual se acordó entonces del beso tan ligeramente enviado. La noche ha-

bía sobrevenido, el calor era sofocante, y Sabiniano y el doctor fueron los primeros en quedarse dormidos. Úrsula, que veló mucho tiempo formando proyectos, sucumbió á media noche después de quitarse su sombrerito de paja. Su cabeza, cubierta con un gorro de encaje, no tardó en reclinarse sobre el hombro de su padrino. Al rayar el alba, en Bouron, Sabiniano despertóse y pudo entonces ver á Úrsula en el desorden en que los vaivenes la habían puesto: el gorro se había arrugado, y las trenzas, deshechas, caían á ambos lados de aquel rostro animado por el calor del coche; pero en esta situación, horrible para las mujeres que necesitan el tocador, la juventud y la belleza triunfan. La inocencia tiene siempre un sueño hermoso. Los labios entreabiertos dejaban ver los bonitos dientes de Úrsula, y el chal, desabrochado, permitía ver bajo los pliegues de una bata de muselina todas las gracias de su cuerpo. Finalmente, la pureza de aquella alma virgen brillaba en aquella cara, y se dejaba ver tanto mejor cuanto que ninguna otra expresión la turbaba. El anciano Minoret, que se despertó también, apoyó la cabeza de su ahijada en un rincón del coche para que estuviese á gusto, y Úrsula dormía tan profundamente, después de las muchas noches empleadas en pensar en la desgracia de Sabiniano, que no se apercibió de nada.

—¡Pobrecilla! dijo el doctor á su vecino, duerme como una niña que es.

—Debe usted estar orgulloso de ella, dijo Sabiniano, porque parece ser tan buena como hermosa.

—¡Ah! es la alegría de la casa, y si fuese mi hija, no la amaría más de lo que la amo. Cumplirá diez y seis años el 5 de febrero próximo. ¡Ojalá que Dios me conceda vida bastante para casarla con un hombre que la haga feliz! He querido llevarla al teatro en París, adonde ha ido por primera vez, y no ha querido ir porque el cura se lo había prohibido. «¿Y si tu marido quiere llevarte cuando estés casada?» le pregunté.—Haré todo lo que desee mi marido, me respondió ella. Si me pide algo malo y yo soy bastante débil para obedecerle, él se encargará de responder por mí ante Dios».

Al entrar en Nemours, á las cinco de la mañana, Úrsula se despertó avergonzada del desorden de sus cabellos y de encontrar fijas en ella las miradas de admiración de Sabiniano. Durante la hora que la diligencia había invertido en llegar de Bouron, donde se detuvo algunos minutos, á Nemours, el joven se había enamorado de Úrsula; había estudiado el candor de aquella alma, la belleza del cuerpo, la blancura de su tez, la finura de sus facciones y el encanto de aquella voz que había pronunciado la frase tan corta y tan expresiva con que la pobre niña lo decía todo creyendo no decir nada. Finalmente, un inexplicable presentimiento le hizo ver en Úrsula á la mujer que el doctor Minoret le había descrito rodeándola con estas palabras mágicas: «Setecientos ú ochocientos mil francos».

—Dentro de tres ó cuatro años, ella tendrá veinte y yo veintisiete; el buen hombre me ha hablado de pruebas, de trabajo, de buena con-

ducta. Por astuto que sea, espero que acabará por descubrirme su secreto.

Los tres vecinos se separaron enfrente de sus casas respectivas, y Sabiniano se despidió con coquetería dirigiendo á Úrsula una mirada llena de afecto. La señora de Portenduere dejó á su hijo dormir hasta el mediodía. A pesar del cansancio del viaje, el doctor y Úrsula fueron á la misa mayor. La libertad de Sabiniano y su vuelta en compañía del doctor, explicaron el objeto de su ausencia á los políticos de la villa y á los herederos reunidos en la plaza en un conciliábulo semejante al que habían tenido quince días antes. Con gran asombro de la multitud, á la salida de la misa, la señora de Portenduere detuvo al anciano Minoret, el cual la ofreció el brazo y la acompañó hasta la puerta de su casa. La anciana dama quería invitar á comer al anciano y á su ahijada aquel mismo día, diciendo al doctor que el cura sería el otro convidado.

—Habrà querido que Úrsula viese Paris, dijo Minoret-Levrault.

—¡Peste! ¡el buen señor no da un paso sin su criadita! exclamó Cremiere.

—Para que la señora de Portenduere le haya dado el brazo, deben pasar cosas muy íntimas entre ellos, dijo Massin.

—¿No han adivinado ustedes que su tío ha vendido sus rentas y ha libertado á Portenduere? exclamó Goupil. El viejo le negó el dinero á mi patrón, pero no se lo negó á su patrona. ¡Ah! están ustedes frescos. El vizconde le propondrá hacer un contrato en lugar de una obligación, y el doctor hará que el marido reconozca á su ahijada

todo lo que quiera darle para llevar á cabo ese matrimonio.

—No sería mala idea casar á Úrsula con Sabiniano, dijo el carnicero. La anciana invita hoy á comer al señor Minoret; Estefanía ha venido á las cinco á decirme que le guardase un filete de buey.

—Dionis, ¡buena la hemos hecho! dijo Massin saliendo al encuentro del notario, que llegaba á la sazón á la plaza.

—¿Por qué dice usted eso? ¡Si todo va bien! repuso el notario. Su tío ha vendido sus rentas, y la señora de Portenduere me ha rogado que pasase por su casa para extender una hipoteca de sus bienes por valor de cien mil francos que le ha prestado el señor Minoret.

—Sí, pero ¿y si los jóvenes se casasen?

—Eso vale tanto como si dijeseis que Goupil es mi heredero, respondió el notario.

—Ninguna de esas cosas es imposible, dijo Goupil.

Al volver de misa, la anciana vizcondesa mandó decir á su hijo, por conducto de Estefanía, que bajase á su habitación.

La casita de aquella noble dama tenía tres cuartos en el primer piso. El de la señora de Portenduere y el de su difunto marido se encontraban en un mismo lado, separados por un pequeño gabinete tocador y unidos por una antecámara que daba á la escalera. La ventana del otro cuarto, habitado siempre por Sabiniano, daba, como la de su padre, á la calle. La escalera había sido construída detrás, de manera que dejase para este cuarto un gabinetito iluminado

por una claraboya. El cuarto de la señora de Portenduere, que era el más triste de la casa, tenía vistas al patio; pero la viuda pasaba la vida en la sala del piso bajo, que se comunicaba, mediante un pasaje, con la cocina, situada en el fondo del patio; de suerte que aquella sala servía á la vez de salón y de comedor. El cuarto del difunto señor de Portenduere se encontraba en el mismo estado en que quedó el día de su muerte, y sólo faltaba en él el difunto. La señora de Portenduere había hecho ella misma la cama, poniendo encima el traje de capitán de navío, la espada, el cordón rojo, las órdenes y el sombrero de su marido. La tabaquera de oro en que el vizconde había tomado tabaco por última vez, se encontraba sobre la mesa de noche con su libro de oraciones, su reloj y la última taza en que había bebido. Sus cabellos blancos, formando una sola trenza, estaban suspendidos del crucifijo que había en la alcoba. Finalmente, las bagatelas de que se había servido, sus periódicos, sus muebles, su escupidera holandesa, su ante-ojo de campaña colgado de la chimenea, en una palabra, nada suyo faltaba allí. La viuda había parado el reloj á la hora de su muerte, quedando así indicada para siempre. Se sentía aún allí el olor á la pólvora y al tabaco del difunto. Entrar allí y ver todas las cosas de que acostumbraba á servirse, equivalía á volver á verle. Su gran bastón con puño de oro permanecía en el mismo sitio en que él lo había colocado, así como sus guantes de piel de gamuza. Sobre la consola brillaba un vaso de oro toscamente esculpido, pero que valía mil escudos y que le había sido

regalado por la ciudad de la Habana en gracia de haberla preservado de un ataque de los ingleses batiéndose contra fuerzas superiores, después de haber hecho entrar en el puerto el convoy que protegía. Para recompensarle, el rey de España lo había hecho caballero de sus órdenes, y fué propuesto por este hecho para ascender á jefe de escuadra y obtuvo el cordón rojo. Seguro entonces de la primera vacante, se casó con su mujer, que poseía doscientos mil francos; pero la Revolución impidió la promoción, y el señor de Portenduere emigró.

—¿Dónde está mi madre? preguntó Sabiniano á Estefanía.

—Le espera á usted en el cuarto de su padre, respondió la anciana bretona.

Sabiniano no pudo menos de estremecerse, pues como conocía la rigidez de los principios de su madre, su culto al honor, su lealtad y su fe en la nobleza, previó una escena desagradable; así es que se encaminó á aquel lugar con el corazón oprimido y el rostro pálido, cual si fuese á un asalto. En medio de la semiclaridad que se filtraba á través de las persianas, Sabiniano vió á su madre vestida de luto y revestida de un aire solemne que armonizaba con el aspecto de aquel cuarto mortuorio.

—Señor vizconde, le dijo la anciana levantándose y tomándole por la mano para conducirle ante el lecho paterno, ahí expiró su padre, hombre de honor que llegó á la tumba sin tener que hacerse un reproche. Su espíritu está aquí presente. Al ver á su hijo manchado por la deshonra de una prisión por deudas, el buen marino debió

gemir en la mansión en que mora. Bajo la antigua monarquía le hubiesen ahorrado á usted ese baldón encerrándole algunos días en una prisión de Estado; pero, en fin, ya está usted ante su padre, que le oye; usted, que sabe lo que ha hecho antes de ir á esa innoble prisión, ¿puede jurarme ante esta sombra, y ante este Dios que lo ve todo, que no ha cometido ninguna acción deshonrosa, que sus deudas han sido consecuencia de las locuras de la juventud y que su honor está salvo? Si su padre estuviese ahí, sentado en ese sillón, y si le pidiese á usted cuenta de su conducta, ¿le abrazaría después de haberle escuchado?

—Sí, madre mía, dijo el joven con gravedad llena de respeto.

La anciana madre abrió entonces los brazos, estrechó á su hijo contra su corazón derramando abundantes lágrimas, y le dijo:

—Olvidémoslo, pues, todo. El dinero es lo de menos. Yo rogaré á Dios que nos lo devuelva; y, puesto que sigues siendo digno de tu nombre, bésame, porque he sufrido mucho.

—Mamá querida, dijo Sabiniano extendiendo la mano sobre aquel lecho, juro no darte nunca ningún disgusto de este género y hacer cuanto pueda para reparar mis primeras faltas.

—Ven á almorzar, hijo mío, dijo la madre saliendo de aquel cuarto.

Si deben aplicarse al relato las leyes de la escena, la llegada de Sabiniano introduciendo en Nemours al único personaje de esta historia que faltaba aún en ella pone fin á la exposición.

SEGUNDA PARTE

LA HERENCIA DE MINORET

La acción empezó con el juego de un resorte tan gastado lo mismo en la literatura antigua que en la moderna, que nadie creería en sus efectos en 1829 si no se tratase de una anciana bretona, de una Kergarouet, de una emigrada. Pero apresurémonos á reconocer que en 1829 la nobleza había reconquistado en las costumbres un poco del terreno perdido en la política. Por otra parte, el sentimiento que mueve á los padres cuando se trata de las consecuencias matrimoniales es imperecedero, va unido estrechamente á la existencia de las sociedades civilizadas, emana del espíritu de familia y reina lo mismo en Génova que en Nemours, donde aun no ha mucho que hemos visto que Celia Levrault se negaba á consentir en el casamiento de su hijo con la hija de un bastardo. Sin embargo, toda ley social tiene sus excepciones, y Sabiniano pensaba doblegar el orgullo de su madre ante la nobleza innata de Úrsula. El encuentro tuvo lugar